

en todas partes, se confía á Dios, como único objeto de sus amores. En Él se refugia en todas sus penas. Á Él refiere con suma gratitud todas las alegrías que experimenta. Cuanto hace, por Él lo hace. Rinde á sus pies todos sus éxitos. Allí donde puede elegir, escoge lo que más puede honrar á Dios, y en sus esfuerzos, únense estrechamente su inteligencia, su voluntad y su corazón.

10. Manifestación de la sencillez en el hablar.—Estos dos grados de la sencillez constituyen la sencillez cristiana. Todos los demás rasgos que de esta virtud hallamos en la vida de los santos, no son más que manifestaciones externas de ella. De ella provienen la rectitud y la franqueza de lenguaje que en ellos constituyen tan notable contraste con el espíritu del mundo.

Las relaciones con los santos son algo verdaderamente extraño. No hallamos en ellos esas fórmulas rudas ó floridas de que nos inunda la llamada sociedad distinguida, y aun con frecuencia desdeñan deliberadamente el bello lenguaje. Sin embargo, nos complace su trato.

Á veces hablan con crudeza, pero siempre francamente, sin segundas intenciones, y dicen á todos lo que piensan. No toleraríamos en otros semejante libertad; y aun nos asombramos de poder aceptarla, pero lo hacemos de buen grado y con edificación. Si otro que no tuviese su espíritu obrase así, nos extrañaríamos de ello en gran manera, pero en ellos constituye esto una parte de su ser. Tienen un modo propio de expresión y una actitud singular, que proceden como naturalmente de su interior, y que, por lo mismo, se distinguen esencialmente de las investigaciones y conveniencias del mundo.

Aunque usen parcamente de esas fórmulas vulgares y de esos cumplidos circunstanciales que con tanta abundancia hallamos en este último, supéranle sin comparación alguna en delicadeza, respeto y caridad. Por lo contrario, para expresar sus sentimientos interiores, hallan términos que, en su sencillez, contrastan con frecuencia por modo extraordinario con la conducta de las personas del mundo,

pero que ejercen sobre los que los oyen una influencia tanto más bienhechora, cuanto que son más naturales y verdaderos.

Y del mismo modo que no podrían excusar sus propias faltas, no pueden adular á los demás. Todos los consideran de tal modo incapaces de decir una mentira ó valerse de un equívoco, que prefieren no dirigirles una pregunta por miedo á obtener la verdadera respuesta, y todos huyen de ellos mientras tienen en el corazón algo que saben ha de provocar una respuesta franca por parte de ellos.

San Andrés Avelino y San Alfonso de Ligorio renunciaron á la profesión de abogados á causa de una pequeña mentira cometida irreflexivamente, para no sucumbir jamás á este peligro. San Assico hizo durante siete años durísima penitencia por haber cometido la misma falta. ⁽¹⁾ Santa Rosa de Lima reunió, en el lecho de muerte, las fuerzas que le restaban para protestar de una pequeña adulación que se había dirigido en su nombre á un religioso que acababa de entrar. ⁽²⁾

Enemigo declarado de la mentira fué especialmente San Luís, rey de Francia. Hubiese preferido la lepra en su cuerpo á verse atacado de esta lepra del alma, ⁽³⁾ y podría decirse de él lo que se ha dicho de su homónimo el digno y piadoso esposo de Santa Isabel: «Jamás la mentira brotó de los labios de este príncipe. Su palabra era segura; podía uno fiarse de ella. Era maravillosamente digna de fe y de verdad. Jamás engañó á nadie. El que una vez lo oía hablar, tenía fe en él, como si hubiese afirmado con juramento lo que decía». ⁽⁴⁾ «En él, sí era sí, y no no. No le gustaban las afirmaciones exageradas, ni los juramentos, que ciertamente no eran necesarios». ⁽⁵⁾ «No le agradaba

(1) Iocelin., *Vita S. Patric.*, 12, 95 (Bolland. Mart., II, 559, Palmé).

(2) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 17, 230 (Bolland., August., V, 947).

(3) Joinville, 1, 1, 8 (Bolland. Aug., V, 674).

(4) *Leben der hl. Elisabeth* (Rieger, 3423 y sig.).

(5) Gaufrid. de Belloloco, *Vita S. Ludov.*, 1, 9. *Reginæ Confessar de S. Ludov.*, 1, 15; 12, 131.

hablar misteriosamente, ni podía soportar que las personas hablasen en la mesa entre sí en voz baja. «Si decís algo que no puedan oírlo todos,—les decía,—callaos. Si es algo bueno, decidlo, á fin de que todos puedan aprovecharse y regocijarse de ello». (1)

Otro modelo de sencillez de lenguaje fué la venerable Ana de Jesús. «En presencia de sus superiores,—dice su vida—no tenía secretos. Su corazón no abrigó jamás el disimulo, ni palabra alguna mortificante brotó de sus labios. De tal modo contentaba á todos, que todos se separaban de ella consolados de haberle pedido consejo y edificados de la cordialidad y rectitud que se manifestaban en sus palabras y conducta. Repleta de sencillez, elevábase por encima de toda consideración humana, y hallaba así la necesaria libertad de espíritu para decir la verdad, lo mismo á distinguidos personajes que á las personas de humilde condición. Y nadie se extrañaba de ello». (2)

11. Manifestación de la sencillez en la conducta.

—Tal es el lenguaje de los santos, y tal su conducta. Es ello tan curioso, que preciso sería verlo, porque es difícil de expresar. Nuestro lenguaje está perfectamente organizado para expresar la conducta tortuosa de los hombres inmorales y astutos, de esas personas que vemos á millares en los salones del gran mundo y en las calles. Pero pintar la sencillez de los santos, es empresa superior á sus fuerzas.

Pues en el mismo caso nos hallamos cuando queremos imitar su conducta. No decimos que sea inimitable, ya que debemos tomarla por modelo, sino que la mayor parte de las veces la comprendemos mal.

Que nadie se lisonjee, pues, de poder imitar únicamente un rasgo que le haya encantado en la conducta de un santo, si no se toma el trabajo de apropiarse el espíritu que lo ha producido. Los santos no son personas rotuladas. Se pegan rótulos en las botellas, pero á veces el contenido no

(1) Joinville, 1, 1, 9 (Bolland.).

(2) Lantages, *Vie d' Agnès de Jésus* (ed. Lucot.), II, 87 y sig.

responde en manera alguna á lo que indican. En los santos, todo su adorno está en lo interior. (1) Lo que en ellos se manifiesta exteriormente no es más que un pálido reflejo de la maravillosa hermosura de su alma, que brota á lo exterior en sus rasgos, en su lenguaje y en sus gestos. El que se figura que es como ellos, porque imita tan sólo algunas de sus palabras y acciones, si es hábil actor, puede llegar á disimular por algún tiempo la ridícula caricatura que es, pero no podrá representar largo tiempo este papel.

Lo mismo ocurre aquí. Sin el espíritu de sencillez, la conducta de los santos parecería á menudo pesada y ridícula. La mayor gentileza artificial no produciría lo que en ellos tiene tanto encanto, si el espíritu que poseían no animase la forma externa. Esa rectitud y esa sencillez maravillosa no se aprenden de un profesor de estética, ni con métodos artificiales, ni estudiándose uno á sí mismo, ni observando á los demás. Tampoco los santos empleaban semejantes medios. No sabían que su persona poseyese tan maravilloso encanto. Esto debe venir por sí solo, como fruto de una vida interior muy intensa. Sólo la mirada sencilla lanzada sobre Dios y sobre sí mismos, sólo el amor puro y ardiente, sólo intenciones desinteresadas, son capaces de hacerlo crecer poco á poco y de llevarlo á su completa madurez.

En las célebres instrucciones que el Salvador dió á Santa Magdalena de Pazzis sobre la virtud de la sencillez, apenas si se encuentra una que se refiera á la conducta externa. Todas tratan de la interior.

«Quiero—le dijo entre otras cosas—que en todas tus acciones, tanto internas como externas, tiendas siempre á esta pureza de que te he hablado. Todas tus obras deben ser un imán que atraiga á mí las almas. Debes proceder como yo cuando vivía en la tierra, humillarte ante todas las criaturas y practicar con ellas la mayor caridad. No prives á ninguna de ellas de lo que puedas darle, ni le arre-

(1) Psalm. XLIV, 14.

bates nada de lo que posee. Pero mi último deseo es que en cada acción, ya interior, ya exterior, te transformes en mí». ⁽¹⁾

En realidad, la vida de los santos no es otra cosa que la práctica de estos principios.

Tenían ellos relaciones con el mundo, porque vivían en medio de él, pero no se extraviaban en él, porque vivían en Dios. Aunque fuesen separados de él, elevábanle hasta ellos en aquellas regiones más serenas en que vivían.

Dícese de la bienaventurada Margarita de Faenza que iban á confiarle sus penas condes, barones, obispos y religiosos, y que se alejaban de ella consolados. Muchas veces, ante el número y la gravedad de las confidencias, sentíase invadida por el temor de perderse ó inducir á los otros en error. Pero el Salvador le dijo: «No te inquietes. No quiero que rehuses tus luces á nadie, sino que consueles á los que se dirigen á ti. Para ello, penetraré los corazones, á fin de que sepan que soy yo quien habla por tu boca».

Y todos los que tenían la dicha de estar en relación con ella, declaraban que no pensaba más que en Dios y sólo trabajaba para Dios. ⁽²⁾

Tal era también Coloma de Rieti. En sus relaciones con el papa y los cardenales, como con las personas de humilde condición, aparecía siempre llena de dulzura y sencillez. Nadie la abandonaba sin sentirse edificado, aunque hubiesen ido á visitarla llenos de prejuicios ó para probarla. En cambio, todos se sentían asombrados de la dulzura, de la humildad, de la caridad y de la paz que difundía en torno de ella. ⁽³⁾

Tal era también Santa Rosa de Lima. Nunca se mostró sombría, ni triste, ni severa, ni arrogante. Siempre alegre, serena, abierta, perspicaz, benévola, era en realidad una

(1) Puccini, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 1, 3, 27.

(2) Petr. Florentin., *Vita B. Margaritae Favent.*, 3, 14 (Boll. Aug., V, 850. Palmé).

(3) Sebast. Perusin., *Vita B. Columbae*, 12, 113.

rosa sin espinas. ⁽¹⁾ Esta dulce y tierna virgen no quería que nadie derramase lágrimas sin utilidad, y, personalmente, era muy avara de ellas, aun en sus más grandes dolores, pues creía que las lágrimas pertenecían, á Dios, y que sólo debemos verterlas como tributo de homenaje rendido á la Majestad Divina.

Un día que su madre lloraba sin motivo, le dijo: «¿Qué hacéis, madre mía? Prodigáis un tesoro que únicamente deberíamos depositar en la casa de Dios. ¿No sabéis que esta agua preciosa pertenece á Dios solo, y que de ella debemos servirnos únicamente para lavar nuestros pecados?» ⁽²⁾

También Santa Teresa era enemiga declarada de toda afectación. Ignoraba ella esa diplomacia que quiere dejar siempre buena impresión de sí en casa ajena. Si algo la preocupaba era el temor de engañar á los otros, y de infundirles demasiado buena opinión de ella. Lo que una vez había resuelto llevar á cabo, realizábalo con viril valor. También lo conseguía sometiendo todo impulso humano á la voluntad de Dios, á quien siempre tenía presente. No se amilanaba en manera alguna ante las cosas extraordinarias, y se alegraba más de hacer lo que exigía mayor esfuerzo que de lo que no oponía dificultad alguna. Sabía tratar á los grandes con la misma dignidad que si hubiese pertenecido á su misma clase. Decíales la verdad, condenaba sus defectos, y si tenía que renunciar al favor de alguno de ellos, lo hacía sin pena, y aun con generosidad. En su conversación era á la vez amable, dulce, jovial, franca, seria y prudente. Cuando hablaba de algo, hacía-lo tan bien que agradaba á cuantos la escuchaban. Por eso hallaba en todas partes buena acogida, atraíase el respeto y se hacía estimar muy pronto de quien frecuentaba su trato. Sus relaciones con todo el mundo estaban impregnadas de cordialidad y afabilidad. Tenía siempre alegre el rostro y libre el espíritu, de suerte tal que los que

(1) Hansen, *Vita S. Rosae Lim.*, 4, 57.

(2) Hansen, *Vita S. Rosae Lim.*, 17, 230; 28, 401.

conocían los grandes dones que poseía de Dios, y los difíciles negocios que sin cesar tenía que resolver, asombrábanse de verla obrar exteriormente como si nada tuviese que hacer. Experimentaba particular placer en hablar con personas que ella conocía como rectas y sinceras, y en quien sabía que habitaba el verdadero celo por el amor de Dios y la salvación del prójimo. Su gratitud era tal que jamás olvidó un beneficio hecho á ella ó á los suyos. Por lo contrario, jamás pudo conservar en su memoria, á pesar de que era tan fiel, las faltas y defectos ajenos. El menor disimulo, la más pequeña maledicencia hallaba en ella un enemigo encarnizado. En medio de su pobreza, pensaba en el orden y en la limpieza, y aun en la elegancia, pero siempre se preocupaba más de los otros que de sí misma. ⁽¹⁾

12. Secreto del éxito en los santos.—He aquí delineada á grandes rasgos la imagen de la sencillez cristiana.

Ahora que diga el mundo si no es más bella y agradable que toda la finura de la educación mundana. Á su juicio lo dejamos.

Mas todavía resta un punto que dejamos también á su elección. De ordinario dice el mundo que el que quiera prosperar en la vida, debe seguir vías tortuosas, y obra en consecuencia, dando vueltas y más vueltas, como un ligero plumón arrastrado por el viento, como la serpiente que se arrastra por entre la yerba de la pradera. No hay éxito que no desee, aun en detrimento de su conciencia. Re-comiéndase, ora por sus maneras aduladoras, ora por su disimulada humildad, según lo reclame su interés. Pero ¿qué gana con todo esto? Nadie lo sabe mejor que él.

Los santos han procedido de otro modo. Todos han manifestado su horror á la afectación; todos, con San Francisco de Sales, ⁽²⁾ la han condenado como cosa ridícula. Sin embargo, no les ha impedido esto obtener resultados mejores que los del mundo con su política, y experimentar en el fondo del corazón indecible satisfacción.

(1) Ribera, *Vita S. Teresae*, 4, 1, 9; 4, 1, 4, 5; 4, 1, 6; 4, 1, 7; 4, 1, 8.

(2) Baudry, *Veritable esprit de saint François de Sales*, II, 174.

Á los ojos del mundo, el éxito decide, pues, de todo. Es este un principio vitando, causa de innumerables males. Pero esta vez no lo tememos, lo dejamos llegar tranquilos.

Hemos visto que hay cosas que ocurren á los santos, y á nadie más, cosas en que ellos triunfan y en que fracasan los otros. Llenos de confianza en Dios y de celo por su honor, emprenden lo imposible por obediencia, y en ello triunfan. Dicen la verdad á las personas más susceptibles, y todas la aceptan. Oran de tal modo que parece no hacen otra cosa, y, no obstante, escriben obras y realizan acciones tales, que tentado se siente uno á creer que no les queda un momento para orar.

¡Guárdese el mundo de entrar en lucha con ellos! ¡Y por qué? Él mismo no lo sabe á ciencia cierta. Encógese de hombros cuando se le habla de ellos, y dice que todo esto no es serio. Sin embargo, no hay nada tan sencillo. Lo que tiene ante los ojos no es otra cosa que la superioridad de la verdad, de la honestidad, de la rectitud, en una palabra, de la sencillez.

«El hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos; ⁽¹⁾—dice el Espíritu de Dios—pero «la justicia del hombre sencillo dirigirá sus pasos». ⁽²⁾

Estas palabras explican los fracasos del mundo y los éxitos de los santos.

Preguntaron un día á San Bernardino de Sena el secreto de sus triunfos, y contestó: «En esta materia sólo conozco una regla, que es más fácil de seguir que todas las demás, y gracias á la cual se llega á un resultado mejor. Jamás he pronunciado una palabra que no fuese encaminada á honrar y alabar á Dios. Esta única línea de conducta es la que me ha dado toda la ciencia, toda la elocuencia, toda la autoridad y toda la habilidad que he podido adquirir. Ella es la que ha atraído á Dios todas las almas que he conducido á Él». ⁽³⁾

(1) Jac., I, 8.

(2) Prov., XI, 5.

(3) Vegius, *Vita S. Bernardini*, 4, 25.

Tal es también la opinión del poeta que ha dicho de Santo Domingo:

«Lleno de sencillez, ponía al servicio de la voluntad divina su inteligencia y su corazón. Todas sus acciones tendían á este fin. Esto fué lo que le dió la fuerza de elevarse y cernerse en las alturas de la perfección. Esto fué lo que le preservó de las vías engañosas por las que marcha el mundo sin dar con lo que desea. Jamás las pasiones que paralizan á tantas personas tan bien dotadas, torturándolas con las decepciones que les procuran, entorpecieron su marcha. Toda su vida se consagró á Dios, que da luz y calor. Por eso fué él luz y consuelo, lo mismo en palabras que en obras». ⁽¹⁾

(1) Según *Passional* (Köpke), 354, 83 y sig.

CONFERENCIA XII

EL HOMBRE COMPLETO AL SERVICIO DE SU MÁS ELEVADA MISIÓN

1. **La mística como término de la vida moral completa.**—El que nos ha seguido en el camino largo, á menudo penoso y complicado, por el cual tuvimos que andar en esta Apología desde el principio hasta aquí, ahora que tocamos al fin, puede fácilmente formarse una idea de la extraordinaria importancia que la mística tiene en el gran edificio de la doctrina y vida cristiana.

Necesario es para ello mirada penetrante, como la del artista que asciende á la cúspide de la catedral de Milán. Antes de subir, sólo había visto un bosque de cosas que absorbía toda su atención, y que, por causa de la multitud y de la diferencia, no podía comprender el motivo de todo ello. Pero ahora, con una sola mirada, lo percibe todo, su armonía, su efecto de conjunto; y de conformidad con un plan común, lo reduce todo á un punto, en la cumbre, la cual reúne todas las partes y las dirige hacia el cielo, su destino.

Así también, más de un lector se habrá preguntado, en las partes anteriores de esta obra, y en las diferentes explicaciones de ella, si este ejercicio ó aquel deber era tan necesario á la religión como con tanta frecuencia se pretendía. Después de haber oído que todo se queda á medias y á trozos, si no se une al todo y á la unidad interior, y que esta unidad tan sólo puede tener relación con Dios, no abrigará ya duda alguna sobre esto.

2. **Carácter religioso de la vida moral completa.**—Si el estudio de la mística no tuviese otra utilidad que